

Laura Rafaela García, *Los itinerarios de la memoria en la literatura infantil argentina. Narrativas del pasado para contar la violencia política entre 1970 y 1990*. Buenos Aires: Lugar Editorial, 2021. 223 páginas.

En *Los itinerarios de la memoria en la literatura infantil argentina*, Laura García propone reflexionar sobre la relación entre infancia, memoria y literatura a partir de la indagación de los modos de narrar la violencia política que se configuran en los textos ficcionales de la literatura argentina para niños (LAPN), publicados entre 1970 y 1990. Dicho análisis supone a la vez, el estudio de una selección de narrativas críticas que dan cuenta de los principales posicionamientos del campo durante el periodo estudiado, de modo de advertir los desplazamientos que operan en cuanto a procesos de reorganización y modernización de la LAPN. Este abordaje considera, asimismo, una dimensión metacrítica, estableciendo un movimiento recursivo que lleva a develar el propio diseño de investigación, situado en una “zona de borde” disciplinar (Gerbaudo, 2006; 2009; 2011). Así, en la propuesta de García se articulan trayectorias literarias y los periplos de la (meta)crítica en estado de fuga como manifestaciones de una escritura contrapuntística que expresa el estallido de los objetos, sus dinámicas de dispersión; también, la instauración de zonas de enclave y extensión.

Nos referimos inicialmente a las trayectorias literarias desplegadas por García en función de demostrar que los textos de literatura infantil, en Argentina, desde los años sesenta en adelante, contribuyen a interpelar al lector sobre ciertos aspectos de la vida en sociedad, involucrando el elemento político por medio de la ficción. Estas itinerancias asumen como punto de partida la producción literaria para niños de los años sesenta y setenta, significando un momento fundacional con relación a la consolidación del campo, en la línea de una puesta en tensión de la conceptualización de “lo infantil” como inocente e ingenuo y de una ruptura de la representación de la literatura vinculada a propósitos didactizantes, con anclaje en la figuración del tutelaje, atento a la formación moral del niño.

Al enfocarse en los sesenta, García valoriza la obra de María Elena Walsh, en términos de un cambio de paradigma, desbordando el modelo pedagogizante y moralista. La obra literaria de Walsh se confirma en la significación de la experien-

cia lúdica con el lenguaje y en la apertura del mundo simbólico. Sus textos materializan operaciones ficcionales asociadas a los juegos con la palabra, la irrupción del *nonsense*, la comicidad y el absurdo que dan lugar a una “poética del disparate” (García, 2021: 53). Siguiendo a García, la propuesta de Walsh se entronca con la de Elsa Bornemann y la de Laura Devetach. Las producciones de estas autoras discuten las oposiciones constitutivas del campo (el adulto/el niño, lo mayor/lo menor, lo didáctico/lo estético) para orientar un desplazamiento hacia las modulaciones de la nueva estética que promueve Walsh, expresando la reacción al autoritarismo de ese tiempo mediante un manejo estético de la fantasía.

Los años setenta por su parte, marcan el deliberado ingreso del elemento político en la ficción, en correspondencia con una concepción del niño como sujeto activo del lenguaje e integrado a una dinámica social (2021: 92), en evidente contraste con el proyecto ideológico de la dictadura. Por ende, García establece un foco de interés dado por los textos de literatura infantil prohibidos, particularmente *La torre de cubos* de Devetach y *Un elefante ocupa mucho espacio* de Bornemann. La indagación de los recursos de la ficción posibilita a García revelar en las propuestas estéticas de ambas autoras las condiciones simbólicas de representar el poder, la dominación, la libertad, la expresión del pensamiento, el dominio de la propia palabra, la autonomía del sujeto, la rebelión. En definitiva, en el contexto de los sesenta y los setenta, con las correspondientes diferencias históricas, la LAPN atraviesa una serie de movimientos que resignifican al sujeto niño en condición de lector activo en cuanto a la construcción de sentidos de lectura modificando, igualmente, los protocolos de la ficción como una herramienta para contar la violencia política de la última dictadura argentina, en clave de resistencia.

Las travesías discurridas alrededor de los textos literarios del campo infantil en los ochenta conllevan una persistencia respecto de legalizar la imaginación. Para García, en los primeros años del contexto democrático el campo continuó la dirección iniciada con nuevas producciones y planteos más desafiantes. La vuelta a la democracia aumentó el espesor del campo con la intermediación de la obra de autores como Graciela Cabal, Ema Wolf, Silvia Schujer, Gustavo Roldán, Ricardo Mariño, Adela Basch, entre otros. Los años ochenta representan un itinerario de corte, innovación y refundación (2021: 133). Los protocolos de la imaginación que se producen en los años sesenta y setenta con la incorporación del elemento políti-

co en la ficción se actualizan en las modulaciones políticas de los escritores en democracia que en la misma línea estética y con actitud militante asumen la lectura como práctica emancipadora (2021: 151). Hacia fines de los años ochenta y principios de los noventa se duplica la apuesta, perseverando en un fuerte interés por transmitir y defender para la infancia la experiencia de la lectura literaria (2021: 187). Estos modos de la ficción de los ochenta en la década del noventa, además, dieron lugar a nuevas formas estéticas en las que la ilustración adquirió un protagonismo central (2021: 17). Agregamos en este punto, que el panorama histórico desarrollado por García se entrecruza con el trazado de los “itinerarios de la memoria” organizados en colecciones, dispositivo que habilita un modo de leer las marcas de la violencia en las situaciones narrativas (2021: 122): colección de *lo monstruoso*, colección de la *memoria del elefante*, colección de *las historias del Sapo*.

A continuación, reconstruimos los periplos de la crítica expuestos por García al circunscribir los textos críticos del campo. Estos trayectos involucran el tratamiento analítico de las denominadas narrativas iniciales de la LAPN. Un primer grupo de textos incluye *Oficio de palabrera. Literatura para chicos y vida cotidiana* (1991) de Laura Devetach; *Veinte años no es nada. La literatura y la cultura para niños vista desde el periodismo* (1995) de Susana Itzcovich; *Desventuras en el país-jardín-de-infantes. Crónicas 1947-1995* (1995) de María Elena Walsh. Se trata de artículos publicados en las décadas del sesenta y del setenta recopilados a principios de los noventa, “cuando las figuras de las autoras tienen mayor legitimidad por el creciente posicionamiento de la literatura infantil y juvenil (LIJ) en el sistema literario” (2021: 71). Según García, estos textos críticos abordan problemáticas representativas de las tensiones que recorren el campo: el niño entendido como sujeto activo y como lector, el reconocimiento de la capacidad creadora del niño, la preocupación por lo estético, la relevancia del juego, el proceso de la experiencia estética en contacto con los niños (2021: 78-79).

El segundo grupo comprende los planteos posdictatoriales: *Cara y cruz de la literatura infantil* (1988) de María Adelia Díaz Röner; *La trama de los textos. Problemas de la enseñanza de la literatura* (1989) de Gustavo Bombini; *El corral de la infancia* (1990) de Graciela Montes y *Mujercitas ¿eran las de antes? (El sexismo en los libros para chicos)* (1992) de Graciela Cabal. En este caso, las polémicas que despejan problematizan la autonomía del campo, atendiendo a las intrusiones o intromisiones

de las diversas disciplinas (la psicología evolutiva, la pedagogía, la ética, la moral) en el tratamiento de lo literario infantil; especifican la complejidad de la vinculación entre literatura y enseñanza, concretamente, la cuestión de la lectura literaria en la escuela; orientan la configuración de nuevos modelos de identificación, contribuyendo a la ruptura de estereotipos.

En sintonía, los rodeos de la metacrítica expresan un enfoque que se inscribe en una “zona de borde” disciplinar (Gerbaudo, 2006; 2009; 2011), habilitando el cruce entre los estudios culturales, literarios y los estudios de las memorias. Una zona de borde se constituye como un espacio de intersección creado en los límites de las disciplinas, sin incluirse de modo completo en ninguna, pero recuperando aportes de todas las involucradas (Gerbaudo: 2009). Para Gerbaudo, la categoría “exhibe la conjunción de disciplinas necesaria para abordar problemas (...) cuya complejidad impide que una sola pretenda abarcarlos demandando más bien, una confluencia teórico-epistemológica” (Gerbaudo, 2011: 24). En concordancia, García revela aspectos teóricos y metodológicos del propio diseño investigativo, validando dinámicas de categorización encuadradas en el entrecruzamiento de perspectivas.

Finalizando, observamos que la articulación de las trayectorias literarias y los periplos de la (meta)crítica en fuga que entrama la publicación reseñada implica asumir los riesgos de pronunciar temas y problemas disruptivos, de desbaratar lógicas vinculadas a centros y periferias. Definitivamente, el trabajo de García figura el gesto de osadía que demarca con audacia renovadas territorialidades para la LPN, los desarrollos teórico-críticos relativos al campo y la investigación literaria.

Natalia Rodríguez

IFDC Bariloche / UNRN - CELLAE, Sede Andina, Bariloche

Bibliografía

- Gerbaudo, Analía (2006). *Ni dioses ni bichos. Profesores de literatura, curriculum y mercado*. Santa Fe-Rosario: Universidad Nacional del Litoral.
- (2009). "Literatura y enseñanza". *La investigación literaria. Problemas iniciales de una práctica*. Dalmaroni, Miguel (director). Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, pp. 165-194.
- (2011). *La lengua y la literatura en la escuela secundaria*. Santa Fe- Rosario: Universidad Nacional del Litoral y Homo Sapiens.